BIBLIOTECA

DE

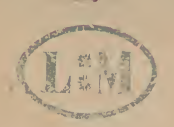
LA PROPAGANDA LITERARIA.

Semblanzas 7.

CONTEMPORÁNEAS,

POR

EMILIO CASTELAR.



HABANA.
Establecimiento tipográfico de La Propaganda Literaria,
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.
1871.



PROPAGANDA LITERARIA

JUAN PRIM.

JUAN PRIM Y PRATS.

El dia 27 de Diciembre de 1870 sobrevino un terrible accidente. Habia pasado la sesion de las Córtes Constituyentes en completa calma, discutiendo la lista civil del monarca. Los bancos estaban desiertos, los debates decaidos, la Cámara indiferente, como siempre que falta la oposicion en una Asamblea. El general Prim dijo algunas palabras, tuvo Consejo de ministros, dió dos ó tres vueltas por el salon de conferencias, y se fué á su palacio, como siempre, en coche, acompañado de dos ayudantes.

Para ir desde el palacio de las Córtes al palacio de la Presidencia, hay que atravesar una calle denominada del Turco, á la cual dan las tapias de solitarios jar-

dines y las fachadas de dos ó tres edificios públicos, faltos de habitadores por la noche.

Eran las siete y media de la tarde. Caia una nieve finísima y espesa que cegaba la vista, y á través de la cual se vislumbraba el reflejo mortecino de la luna. Habia en todo cuanto rodeaba la escena que se iba á consumar, algo de funerario. El coche del general Prim estaba á punto de desembocar en la calle del Turco, cuando dos berlinas que allí habia atravesadas, le detienen. El cochero pide que le abran paso, y al punto se abren las portezuelas de las berlinas, bajan varios hombres envueltos en largas capas y cubiertos hasta las cejas, con grandes trabucos, apuntan á la testera del coche, y disparan con furia, con saña.

Detengámonos un momento á condenar el crímen con toda la áspera acerbidad de nuestra conciencia indignada. El atentado cometido en la persona de Prim, será reprobado por todos los hombres de bien á estas horas en todas las regiones de la tierra. El asesinato no puede conducir á nada bueno.

Los pueblos no se salvan por el crímen. Cuando Roma perdió la virtud de Cincinato, no pudo ser redimida por el puñal de Bruto. Dios no concede la libertad á los malvados, sino á los que merecen tan inestimable don por sus virtudes. La república debe ser inmaculada y debe quebrantar la cabeza de todos los crímenes. Rechacemos, condenemos con todo nuestro corazon el asesinato.

En el instante mismo de concluir estas líneas, llega-

me la triste noticia de que el general Prim ha espirado. El gobierno, temiendo alarmar los ánimos, dijo en la *Gaceta* que la herida era leve. Tal precaucion fué innecesaria. La gravedad de su estado, si no trascendió al público, trascendió á los principales círculos políticos. Mas nadie esperaba un desenlace tan rápido y tan funesto. Destrozado el hombro, interesada una parte importantísima del pecho, comprometido quizá el pulmon, la ciencia desesperó de salvarlo desde los primeros instantes. Una amputacion era indispensable; mas una amputacion era peligrosa, cuando por su estado nervioso podia sobrevenir el tétano. Además, el herido tenia siempre el hígado enfermo, y todos los males de su naturaleza tomaban la afeccion epática. Estas graves complicaciones impedian que la medicina y la cirugía pudiesen, ni proceder con libertad, ni esperar de sus recursos ningun satisfactorio resultado. La espantosa herida no tenia cura. Desde el primer instante, en los ojos vidriosos, en su color cadavérico, en su respiracion fatigosísima, en los sacudimientos de su cuerpo que semejaban los estertores de una larga agonía, en el extravío de su pensamiento, veíase que la muerte aleteaba sobre la cabeza del infeliz enfermo.

El valor que le era ingénito, no se desmintió un momento. Por su propio pié llegó hasta la puerta de la alcoba, que debia ser su alcoba mortuoria. Allí refirió á sus amigos y á su desolada familia todos los accidentes del crímen.

El primero en ver el peligro fué su ayudante Nandin, que gritó: "agáchese V., general." En vez de agacharse Prim, por esos consejos instintivos que da el amor á la propia conservacion, se puso de pié, esperando que, de ser herido, fuera herido en las piernas, y no en la cabeza ó en el corazon. Los trabucos cruzaron sus fuegos en tales términos, que maravilla no se hirieran los asesinos entre sí. El que le apuntó, el que le encerró las seis balas en el hombro, era un jóven de impasible rostro, de serenos ojos, de brazo seguro, y de una frialdad en hora tan suprema y obra tan abominable, que sólo puede explicarse, ó por refinada perversidad, ó por ese fanatismo político que en sus errores y en su desvarío olvida toda ley moral, eleva la crueldad á virtud; fanatismo que es un verdadero resto de las edades bárbaras, las cuales todo lo creian permitido contra el enemigo.

Sufrió el general con ejemplarísima paciencia la primera cura. Ni un grito, ni un gemido, ni una palabra acerba se escapó de sus lábios en la noche del 27, noche de la catástrofe. El 28 se presentaron ya movimientos convulsivos. Las extremidades se retorcian como si grandes corrientes eléctricas en todas direcciones las atravesaran.

Estos extremecimientos eran horribles, porque todo herido necesita quietud, suma quietud; y á cada uno de aquellos movimientos debia sentir la agudeza de dolores que no es dado sufrir á la débil naturaleza del hombre. El 30 de Diciembre, á las cuatro de la tar-

de, comenzó la congestion cerebral y el consiguiente delirio. En su cabeza se entrechocaban las más extrañas ideas. Sus tres lenguas favoritas, el francés, el castellano y el catalan, servian para expresar los delirios inspirados por la fiebre. La idea del rey, la sombra del rey, que tocaba en aquellos momentos la tierra pátria, se veia flotar sobre todo el caos de su espíritu en ruinas, de su espíritu, cayendo, como á pedazos, en el abismo de la eternidad. A las nueve y media habia espirado.

La vida no es para los humanos ejercicio tan agradable que podamos compadecer á los muertos. Despues de todo, cuando vemos tantos desórdenes morales, tantos errores arraigados en las inteligencias, tantas injusticias triunfantes, el primer impulso del alma es proclamar que sólo reinará la dicha en nuestro sér, cuando sobre los párpados pese con su peso de plomo el sueño de la muerte. No son de compadecer; son de envidiar los muertos. Pero esos pobres niños huérfanos que ayer crecian mecidos por tantas esperanzas é ilusiones; esa buena señora, la amante, la virtuosísima, la austera esposa, para la cual toda la vida se compendiaba en la vida que se extinguió; condenada á padecer y á no morir, porque sus hijos la necesitan; esos séres desdichadísimos, verdaderamente parten el alma. Los bárbaros no han asesinado á Prim, nó, que ya tenia casi cumplido su destino sobre la tierra; los bárbaros han asesinado á la viuda infeliz, á los niños, á inocentes ángeles que no habian manchado la tierra con ningun

error, ni con ningun crímen. Cuando sobre un cendal de nieve, bajo las ramas desnudas, leñosas, de los árboles, que parecen, segun los muertos, haber perdido su sávia, conducíamos el cadáver del general Prim á su última morada, entre el tañido melancólico de las campanas, el eco de las marchas fúnebres y el resonar de los cañones; yo, sobre aquellos rumores sólo oia un eco que me partiera y me helara el alma, sólo oia el sollozo de los huérfanos y de la viuda, de los verdaderamente [illegible] en esta vertiginosa tragedia.

¿Seré bastante imparcial para delinear el carácter del general Prim, para reconocer sus cualidades eminentes, para decir sus grandes culpas: en fin, para expresar un sereno juicio, semejante al juicio que en su dia expresará la historia? No lo sé. De un lado el combate político que hemos sostenido acaso me lleve á ser cruel con el hombre público. De otro lado la amistad particular que me profesó siempre y la triste muerte que ha coronado su tempestuosa vida, acaso me lleven á ser demasiado benévolo con el hombre moral. Y sus cualidades morales no pueden separarse de sus cualidades políticas, porque unas y otras forman la trama de su existencia. Pero en la larga historia que trazo de la vida europea, hace tantos años, faltaría algo esencial, si ahora, en este momento, faltase un juicio sobre el carácter y la vida del general Prim. Voy á intentarlo, y trataré de tener toda la fria imparcialidad de la historia.

El hombre es naturaleza y espíritu, organismo y alma, habitante del universo y habitante de ese mundo de lo infinito, de ese mundo más grande que el espacio, más duradero que el tiempo, más vívido que el Cosmos, de ese mundo llamado mundo moral. Imposible estudiar un carácter, si ántes no estudiamos el temperamento á que vive sujeto ese carácter. La naturaleza física, si no pone en el hombre todas las cualidades del ánimo, pone los rudimentos de esas cualidades, las tiñe con su color, las modifica, siendo para las ideas como el aire para los sonidos, y para las virtudes humanas como las formas para las esencias.

El temperamento del general Prim era un temperamento nervioso, bilioso señaladísimo. Al pronto, en las circunstancias ordinarias, la impasibilidad de su rostro, la indiferencia de su mirada, acusaban como un temperamento linfático. Pero cuando se agitaba un poco, cuando una pasion ó un pensamiento le poseian con gran fuerza, notábase en el relampaguear de sus ojos, en las contracciones de su rostro, en toda su agitacion muscular, que el fluido electro tónico sacudía su cuerpo como la tempestad el ramaje de un árbol.

Así me explico fisiológicamente aquella transfiguracion á que llegaba en las batallas; aquel heroismo que le impulsaba y le poseia en los momentos decisivos; aquella fascinacion mágica que ejercia sobre el soldado. Es el fluido nervioso, la fuerza del héroe, la inspiracion del poeta, el magnetismo de toda gran aptitud, y rodea la vida de una aureola luminosísima, co-

mo la mágica aureola de los pintores trazaron tradicionalmente en torno de la cabeza de los santos.

Al temperamento nervioso unia el general Prim el temperamento bilioso. La excesiva hiel de su hígado se reflejaba en la palidez de su rostro. Veíase en cierta amargura de su sonrisa que toda su saliva iba mezclada con hiel, que la hiel rebosaba en los lábios. Podrá ser la bilis un gran auxiliar del jugo gástrico, disolverá los alimentos con rapidez, llevará las sagras por su poderosa infiltracion á los músculos y á los nervios; pero la parte de ese líquido, amargo, amarillento, verde, y á veces negro, que sobra y que se esparce por el organismo, lo incomoda, lo perturba, lo inclina como todos los excesos, al desórden, y levanta con sus evaporaciones nubes de dolor en el corazon y nubes de sombrías ideas en la frente. Así en el general Prim se veia siempre algo de triste, algo de siniestro, que helaba como una sombra y que provenia de este contínuo malestar de su castigada naturaleza.

Su estatura era regular, su actitud modesta, sus modales finos, su conjunto bien proporcionado. Tenia nervudos los brazos, anchos los hombros, fuerte el pecho, armoniosas y bien ordenadas las facciones, la frente sin prominencias, el cerebro sin grande curva esférica, la mirada triste, la barba ni rara ni poblada, los lábios finísimos y descoloridos, la tez amarillenta y la sonrisa fria.

En todo su sér habia algo de misterioso, algo de secreto, algo que él mismo no sabia explicarse; una

contradictoria vocacion entre la libertad para los demás y el imperio para sí, una contradiccion eterna, que ha sido como la clave de su destino.

¿Puede el hombre modificar su naturaleza y la naturaleza que le rodea? Algunos sorbos de sangre rebosando en las venas; algunos vasos de hiel excesiva en el hígado; algunas fibras más ó ménos fuertes; algunos músculos más ó ménos carnosos, no pueden decidir del destino de los hombres; y cuando esos hombres se elevan á ciertas alturas, personificando una idea, dirigiendo un período histórico, no pueden decidir de la suerte de las naciones, de la suerte del mundo. El carro vuelca si choca en una piedra; pero no vuelca el planeta. Las asteroides que ruedan en torno de nuestro globo, y que se encienden cuando sus moléculas tocan el oxígeno de nuestra atmósfera, ó en los espacios se disipan, ó caen, frios aereolitos, apagados sobre nuestra tierra, sin conmoverla ni perturbarla, semejantes á la imágen que pasa sobre un espejo. ¿Las leyes morales serán ménos seguras, el espíritu universal ménos fuerte, y podrán perturbarlo las gotas de un líquido, la especie de éter que se llama fluido nervioso?

Sobre los temperamentos, sobre sus condiciones y caractéres, se elevan la voluntad, la razon, la conciencia moral, el alma. Si la medicina tiene medios de combatir un temperamento, de neutralizarlo, de llevar el hierro á la sangre pobre, de extraer la bilis, tiene mayores medios todavía la educacion, que forma mo-

ralmente la voluntad y la conciencia, que pule y bruñe el espíritu, el cual será siempre, como el vapor en la locomotora, el movimiento directivo de nuestro organismo.

Veamos el medio en que el General Prim se ha educado. Era natural de Reus, ciudad fabril importantísima, la segunda de Cataluña, ciudad alzada en una de las más feraces campiñas que hay en el mundo. Es el clima de Reus un feliz término medio entre las tristes asperezas del Norte y los calores del Mediodia. No léjos de sus campos se elevan las montañas; y no léjos de sus casas se tiende perezosamente el luminoso mar del arte, del heroismo, el mar que convida á las aventuras, el mar de Escipion, el mar de Annibal, el mar de Sertorio, el Mar Mediterráneo. Aquellas despejadas costas ostentan muchas quintas. Los olivares oscurísimos contrastan con los claros naranjales, cortados en todas direcciones por la lustrosa y bronceada hoja de innumerables avellanos. La historia ha contribuido á la hermosura de tan dichosas regiones. Aquí un silo de los antiguos iberos, allá la piedra ciclópea de los celtas; al pié de un manantial clarísimo, el acueducto romano; á la orilla del mar, sobre el repecho de la costa sembrada de olivos y de pinos de Italia, el sepulcro del héroe; y en la via misma de la antigua Tarragona, el grande arco bruñido por el sol bajo cuyas piedras han pasado en triunfo los conquistadores.

Llaman los catalanes á todas estas tierras, y espe-

cialmente á Reus, la Andalucía de Cataluña. Convengamos con ellos, en que una tierra así, tan dichosa, es idónea para desarrollar la fantasía; pero no esa fantasía plástica, artística, que se goza en dar cuerpo hermoso á sus ideas, y luego en adorarlas estática, como la fantasía que corre por la pluma de Rioja, por el pincel de Murillo, los grandes artistas sevillanos, sino la fantasía de la accion, la fantasía de la vida, la fantasía de la aventura, la fantasía del comerciante que se entrega en débil leño al mar buscando la riqueza, ó la fantasía del atrevido almogávar que despierta su hierro, lo afila en los pátrios riscos, y luego corre á probarlo en Sicilia, á esgrimirlo en Aténas, á clavarlo como un trofeo en las montañas del Asia. El monte, el mar, la fábrica junto al arado, la agricultura junto á la industria, el comercio y la guerra ¿no explicarán esa múltiple audacia del carácter y de la vida de Prim?

Si el medio natural en que se desarrolló su vida era así, el medio social era tambien de cambios bruscos, de revoluciones súbitas, de accion y reaccion contínuas. La sociedad pasaba del sistema absoluto al sistema constitucional. El partido realista tenia todo el fanatismo que inspiran á sus sectarios las ideas moribundas, las instituciones que se creen sagradas y que encuentran por todas partes enemigos, á quienes la historia llama héroes, mártires, y su tiempo locos, criminales. El partido liberal, perseguido, acosado como una fiera, se organizaba en tribus misteriosísimas,

en lógias secretas, para el combate permanente, para la conjuracion tenebrosa, para minar en las catacumbas las bases granítticas del palacio de sus tiranos. Si el jóven que se criaba en una familia liberal, leía un libro, era libro prohibido, arrancado con temeridad á las inquisitoriales investigaciones de la censura. Si escuchaba alguna historia de los tiempos de la libertad, era historia secreta, dicha en voz baja, léjos de los domésticos, que podian ser espías. La misma juventud, reformadora por naturaleza, progresiva de instinto, siempre en la oposicion, porque su destino es renovar el espejismo espiritual de todos los ideales humanos; la misma juventud tenia que ser audaz, pero reservada en su audacia. El amor á su idea era un volcan que hervia oculto en su corazon y que concentraba allí lavas sobre lavas, pasiones sobre pasiones. La naturaleza social inclinaba entónces tambien el alma á lo extraordinario, á lo maravilloso, á lo aventurero, al combate, y en el combate al prodigio. No ha perdido el General Prim jamás el sello de estos primeros dias. Conspirar, conspirar perpétuamente ha sido la accion capitalísima de su vida, el empleo casi exclusivo de su actividad. Hasta en el poder parecia un conjurado. Hasta para traer un rey á España, obra conservadora, acepta á toda la Europa gubernamental, que se halla dirigida todavía por reyes; hasta para traer un rey á España, procedia como en los tiempos en que conspiraba contra los reyes.

Por aquellos tiempos, la educacion tenia que ser

necesariamente descuidada. Las instituciones civiles de enseñanza habian desaparecido bajo el peso de la reaccion. Las instituciones religiosas no podian ser frecuentadas por familias liberales, puesto que allí se enseñaba el ódio á la libertad y el exterminio de sus sectarios hasta la cuarta generacion. Para demostrar cuán descuidada habia sido la educacion del General Prim, no hay más que coger cualquiera de sus autógrafos, y en ellos se encontrarán, á cada línea, faltas garrafales de ortografía.

Así las propensiones de su naturaleza no fueron jamás dominadas por una ley rígida ni dirigidas por una idea clara. Así sus inclinaciones al bien ó al mal fueron impetuosas como un torrente, y no sosegadas como el curso natural de una vida que conoce los obstáculos y los escollos. Así la pasion de la lucha, la pasion del poder, las grandes pasiones guerreras le poseyeron y le dominaron, lanzándolo en una especie de mágico encanto, que pintaba á sus ojos la vida como una leyenda aventurera caballeresca, en la cual entra mucho la maravilla, el milagro, poco la reflexion, el raciocinio, la conciencia.

¡Ah! la razon equilibra las facultades, armoniza las pasiones, no permite que ninguna viva á expensas de la otra, aconseja que el objeto de la existencia sea bueno y buenos los medios, no consiente que se esclavice el alma á un sólo fin, y dá una norma, una ley permanente á la cual se ajusta la maestra del sér humano, la Sibila de sus ideas y de sus acciones, la con-

ciencia. Dígase lo que se quiera, la pasion exclusiva es una enfermedad del alma. Y la pasion de la lucha, la pasion del poder, la pasion del triunfo, no eran allá en el alma del General Prim más que grados, escalas de un instinto avasallador y exclusivo, la ambicion de su propio engrandecimiento, pasion mezclada, pasion confundida, es verdad, con un anhelo infinito por la libertad, anhelo al cual habian levantado su ánimo los vientos y las tempestades del siglo.

Así descollaban sobre todas sus cualidades las más necesarias á satisfacer esta pasion: el valor, sí, el valor indómito, heróico, que parecia un vértigo y que estaba espoleado por súbitas inspiraciones. En la mayor parte de su vida, Prim aparecia impasible, indiferente, sereno, reservado, concentradísimo, en calma.

Pero trás aquella calma habia una tempestad. Y así que los obstáculos se amontonaban, así que los peligros le circuian, así que se encontraba rodeado de dificultades insuperables, de enemigos que iban á destruirlo, tal vez á aniquilarlo, flameaban sus ojos, crispábanse sus puños, guturales acentos salian de su pecho, acentos que semejaban los ecos de ronca trompa guerrera, palabras animosas de sus lábios; y como si pidiera alas á la desesperacion, atravesaba emulando el arrojo de Don Sancho el Fuerte en las Navas, los desfiladeros de Castillejos, y entraba belicosamente á caballo, entre nubes de balas, en las tiendas alzadas por los marroquíes en el campamento de Tetuan.

Bien es verdad que á este valor contribuia mucho su creencia en el fatalismo.

Para él todo estaba previsto, ordenado, decidido de antemano por una fuerza ciega, incontrastable, á la cual no era dado oponer ninguna resistencia, ninguna protesta. En su concepto, los fenómenos sociales y los fenómenos morales que nosotros los creyentes en la responsabilidad humana, intentamos de varias maneras, con fuerzas diversísimas, modificar, torcer, ajustar á un ideal, enrojecer en la conciencia, son tan mecánicos y tan innecesarios como la rotacion de los mundos, como la caida de los graves.

Cualquiera diria que se habia educado en la antigüedad ó que pertenecia á la raza de los Omares y de los Almanzores, de aquellos hijos del Oriente, que habian aprendido en la soledad del desierto á someterse á una voluntad sobrenatural y conformarse á sus mandatos.

Es verdad que una creencia en este poder, en esta fuerza, quita parte de su ministerio á la razon y todo su ministerio á la conciencia. Es verdad que llega á hacer de la ley moral una ley física y á borrar y á confundir en la mente las nociones de lo justo y de lo injusto.

Es verdad que no puede compararse con ninguna doctrina liberal ese fatalismo mecánico, que rebaja los hechos de nuestra vida moral á simples hechos físicos. Pero tambien es verdad que inspira aquel valor que tuvieron los héroes antiguos, aquellas hazañas fabu-

losas con que los árabes sometieron á su dominio la mayor parte del mundo.

De aquí su adoracion á la violencia, á la fuerza, en las cuales veia Prim algo de providencial; y á la victoria, á la fortuna, en las cuales algo tambien veia de divino.

De aquí su menosprecio por los medios morales, su indiferencia olímpica por las ideas. De aquí el triste concepto que le merecian las leyes escritas, perturbadas siempre y siempre pervertidas en su juicio por otras leyes fatales.

De aquí el poco caso que hacía de la prevision política, imaginando que todo estaba ya previsto en el mundo por una mirada misteriosa en la cual se condensaban como nubes los hechos ántes de caer sobre la tierra. De aquí el fatalismo árabe en toda su existencia.

Y no tenia de los árabes solamente el fatalismo, tenia tambien el amor á la fortuna, al poder, al imperio, y en la fortuna, en el poder, en el imperio, lo que más le agradaba era la pompa, era el fausto.

Pocos hombres habrá conocido el mundo tan fastuosos, pocos que hayan tenido más aire de príncipe. Cuando fué á Oriente, deslumbró á los orientales. Al pasar por Marsella, le visitaron Jerónimo Napoleon y Emilio Girardin.

Este solía decirme: "el príncipe descendiente de reyes parecia un plebeyo y el plebeyo parecia un príncipe." En efecto, sus modales eran distinguidísimos,

su conversacion siempre urbana y culta, su trato excelente, su carácter social comedido, de perfecta finura.

Y esto no obstante para que, flexible, capaz de acomodarse á todas las situaciones, de departir en su lenguaje propio con todos los hombres, cuando veía á un amigo de la infancia, por humilde que fuera su orígen, por rudo su trato, le hablara con todos los modismos, todas las interjecciones y todas las maneras de la playa, de la montaña, del campo.

Así él tan fino, él tan culto, él por temperamento y naturaleza tan aristocrático, si sus ideas ó sus intereses lo exigian, convocaba á las gentes, reunia una partida, la entusiasmaba, hablándole con la elocuencia natural de sus pasiones; la conducia al combate, la animaba en las pruebas más difíciles, en los momentos más peligrosos, y por fin, la arrastraba á la victoria.

Era aquel hombre acabado tipo del héroe de la Edad Media: aventurero, ambicioso, fatalista, valiente, amigo del combate por el combate en su juventud, amigo del poder por sus goces y sus fáustos en la edad madura, poco escrupuloso en los medios y mezclando al fin de su engrandecimiento personal varias ideas generosas, varios fines sociales, como los héroes de la Edad Media unian á sus aventuras sangrientas y á sus crueles batallas, invocaciones á una religion de paz, de caridad y de amor.

El General Prim era, y esta cualidad nadie puede

negarla, muy amigo de sus amigos. Los tenia de todas clases, de todas condiciones, de todos caractéres y los amaba á todos. Servíales mucho y mucho tambien se servia de ellos. Entre todos, descollaba una clase particular, especialísima, que bien pudiéramos llamar sus *condotieros*, hombres de aventuras; errantes por los partidos á voluntad de su jefe; dispuestos á montar á caballo en cuanto este lo mandara; amigos de las batallas; conjurados perpétuos, reservados hasta la hipocresía y audaces hasta el heroismo, segun las exigencias de los tiempos; con una vida llena de peripecias y una política llena de contradicciones; con derrotas y triunfos, y levantamientos, y retiradas, y destierros sin número en su historia militar; ignorantes, si se quiere, de toda disciplina, pero conocedores de toda maniobra revolucionaria; cautos y temerarios, liberales y cortesanos, amigos de su engrandecimiento y del sacrificio; ménos preciadores de los compromisos y de las tradiciones políticas, sirviendo de instrumentos á una personalidad avasalladora; tan dignos de estudio y tan extraños como los *condotieros* que llevaban detrás de sus trotones los fastuosos y valientes señores de Italia en la Edad Media.

Seamos justos, proclamémoslo muy alto: con todos estos defectos, con todas estas diversas cualidades, el General Prim ha contribuido á la libertad de España. Bien es verdad que un hombre como él, tan enérgico de voluntad, no mostraba igual energía en la inteligencia. Las ideas le eran de todo punto indiferentes, y

aceptaba su conciencia, blanda como la cera, cuantas querian imponerle aquellos que le rodeaban.

De esta indiferencia para las ideas dimanan sus cambios políticos, los varios matices tomados por su alma, que ya se inclinaba á las doctrinas más conservadoras, ya á las doctrinas más democráticas, ya vacilaba entre la monarquía y la República. En el largo período de la emigracion, jamás pudimos arrancarle una prenda contra la dinastía de los Borbones.

En el largo período de la interinidad, no se decidió por la monarquía resueltamente, sino cuando las oposiciones, fulminando sus rayos contra aquella angustiosa incertidumbre, le obligaron á buscar en el seno de la monarquía el puerto de su quebrantada autoridad.

Esta indiferencia por las ideas, solia compartirla Prim con todos los hombres de armas, con todos los hombres de accion, igualmente incapaces para alzarse á comprender la fuerza misteriosa de las ideas embargadas por la corriente, siempre turbia, de los hechos, á la cual pocas veces oponen resistencia, entregándose desmayados á sus ondas, como náufragos que han perdido su fuerza.

Quizá á esta falta de fé, á esta ausencia de todo dogmatismo, se deba la libertad intelectual que bajo su mando hemos gozado; libertad que con las leyes más ámplias, no han permitido aquí muchos hombres civiles, pagados de sus ideas, creidos de que la autoridad por ellos representada era algo de divino sobre la faz de la tierra.

Para convencerse de cómo el general Prim iba allí donde le llevaban los acontecimientos, no hay más que ver las soluciones á las cuales se inclinó un tiempo y las soluciones que hubiera aceptado si ciertas ideas prevalecen. No hablemos de sucesos antiguos; hablemos de hechos contemporáneos, de la última revolucion. Si en vez de ir á Portugal en su primera insurreccion militar, vá á Palacio, de seguro conserva la dinastía de los Borbones en la persona de Don Alfonso. Si en vez de sucumbir el levantamiento del 22 de Junio, triunfa, como los demócratas hubieran sido los vencedores y el bando conservador en todos sus matices el vencido, llega Prim á la República. En la revolucion de Setiembre, el destronamiento de la didinastía al cual nunca se conformára francamente, le fué impuesto por la voluntad nacional.

La Regencia le cuadró más que toda otra solucion, porque la Regencia participaba de la vacilacion de su alma, no siendo ni monarquía ni república. Cuando ya las predicaciones de sus enemigos y la guerra implacable de los republicanos le arrastraron á la monarquía, no son decibles las dudas que tuvo y los bruscos cambios por que pasó.

El año de 1870 será célebre, porque á cada trimestre tenia Prim un candidato diferente al trono de España. Por Enero tenia el menor rey posible, un niño, un colegial modestísimo, el Duque de Génova. Por Abril ya tenia un rey vaciado en bronce de la guerrera y fuerte raza de Prusia, un príncipe Hohenzollern·

Por Agosto su candidato era el vencedor de Sadowa, y por Noviembre era su candidato el vencido de Custozza.

Todo esto ¿no indica su indiferencia por las varias soluciones políticas?

Así creia resolver todos los problemas, colocando á los hombres públicos mecánicamente en la gobernacion del Estado, para que defendieran ó guardaran la altísima posicion central en que se hallaba él colocado. Después de haber distribuido y agrupado los jefes de los partidos como jefes de diversos cuerpos de ejército, Prim, para quien la vida fué siempre un combate, la política una táctica, la Asamblea un campamento, el poder una fortaleza y la idea una bandera que podia cambiar impunemente de colores, aguardaba el ataque y estaba siempre á la defensiva, como el jefe de una plaza sitiada.

Reunamos, compendiemos todas estas ideas sobre el carácter del general Prim. El temperamento era fuerte, y tras una apariencia de calma, muchas veces voluntaria, era impresionable; constitucion corporal que le llevaba impetuosamente al combate, á la violencia, y muchas veces al heroismo. La complexion, esa especie de termómetro en que la influencia de los diversos líquidos movidos por la fuerza vital se mide, la complexion era biliosa, esencialmente biliosa. La bílis inspirábale cólera con frecuencia. Bajo esta amarga inspiracion, le golpeaban con fuerza las sienes; palidez mortal cubria su rostro, que se tornaba ca-

davérico; los lábios vibraban como si una tempestad interior los agitase, contraíanse sus pupilas iluminadas por un fuego siniestro, juntábanse sus cejas como dos negros vapores que se condensan en una sola nube, la voz salia ronca, gutural, estridente, de su pecho encendido como una fragua, crecia su estatura, sus plantas se asentaban con más firmeza sobre la tierra; y en tal estado de sobreexcitacion, llevaba sus pasiones á los que le circuian, y les inspiraba la fuerza para el combate y el rabioso númen de la victoria.

El alma de Prim era apasionada; sí, apasionada del poder, apasionada de la fortuna, apasionada tambien del renombre y de la gloria. Estas pasiones eran permanentes y motivaban los actos de su vida. La idea pasaba en él breve como una chispa, rápida como un relámpago, y su huella en la conciencia se disipaba fugaz como la huella luminosa del asteroide en la atmósfera. Gustábale mucho la sumision de los demás, miéntras que su carácter no se sometia sino á la necesidad ó la fuerza; irritábase fácilmente, aborrecia á cuantos le contrariaban sin manifestarles con claridad su odio, y amaba al que una vez habia cedido á su imperio, siquiera hubiera sido el mayor de sus enemigos. Era activo, dado á los ejercicios de la voluntad nunca reposada y tranquila, asíduo en el trabajo.

Se perdia por la pompa del poder, por el fáusto de la grandeza, por las vanas honras mundanales, por los azares de la vida pública, y las consideraciones que la acompañan y rodean. Se hacia generoso, protector

sincero, perdonándolo todo á sus protegidos, con tal de que á su alrededor formaran como un ejército y le reconocieran por jefe.

Pero tenia la desgracia que la naturaleza ha puesto, como una compensacion necesaria junto á todos los caractéres imperiosos, ambiciosísimos, dominantes; despertaba viva y apasionada oposicion.

Por eso le gustaba extremadamente el imperio militar.

Allí el resonar de una corneta, el redoble de un tambor, la voz aguda de mando mueve á los hombres como el vapor á las máquinas. Allí no habia esa oposicion de los parlamentos á la cual con dificultad se resignaba. Así es que todo su ideal de gobierno era reducir los partidos á regimientos; y toda su fuerza, todo su resorte, todos los medios de regir á un pueblo vislumbrado por su conciencia, se resumian brevemente en esta frase que alguna vez se le escapaba en pleno Parlamento: "yo mando el ejército." Tal era el hombre que ha traido á España la dinastía de Italia y que ha muerto asesinado al pié de su obra.

Madrid, 13 de Abril, 1870.

JOSE MONROY.

timonio de la primavera de su vida. El dolor no tiene palabras; es mudo como el abismo de la eternidad. Analizarlo con la pluma, equivale á buscar con el escalpelo el corazon humano. Lo encontrareis, sí; pero lo encontrareis muerto. Yo, si me dejara llevar de mi corazon, vertería un mar de lágrimas, y arrojaría la pluma.

Y sin embargo, precisa escribir la historia de una vida de veinte y cuatro años, en que apénas se levantaron la esperanza, el amor, la gloria, cuando fueron á dar en la muerte. ¡Una vida! No la hay, nó, en el desdichado poeta; es un sueño, es la vida de la gota de rocío, que la mañana llora y el sol seca; la vida de la flor, que dura un dia; la vida de la golondrina, que os anuncia la primavera, y anida un instante en vuestro techo, y se vuelve cantando con sus hijuelos á otras regiones, porque no puede ver la muerte de la naturaleza bajo el sudario del aterido invierno. Soñó, amó, cantó, murió. Hé aquí la vida del jóven que lloramos. Fué como una de esas ilusiones de la juventud, como una de esas esperanzas de amor infinito, de ventura inefable, de gloria sin mancilla, que nos prometen los primeros dias de nuestras pasiones, cuando se abre el alma inocente á nueva vida; y que se pierden y se desvanecen al tocarlas, como se trocan entre los dedos las alas de las mariposas que han encantado en el campo nuestros ojos. Y esa vida tan breve, tan fugaz, ha dejado inmenso vacío en el mundo. Yo acabo de ver la ciudad natal del poeta, el

sereno cielo que recogió su primera y su última mirada; los altos montes, titánicos como su génio, alzados á manera de una armadura de la tierra contra las fúrias del mar; las celestes olas en cuyos misteriosos ecos aprendió las cadencias de sus cánticos; y no he encontrado allí corazon alguno que no guardara dolor por su muerte, ni memoria que no tuviera recuerdo de su vida. Sus amigos me contaban, á cada paso que dábamos por aquellas playas, sus inspiraciones, sus poesías, que brotaban tan espontáneamente en su imaginacion, como las flores en el campo. Sus maestros me recordaban las señales que de su génio privilegiado diera desde los primeros años. Los desgraciados que habia socorrido en los dias de las grandes calamidades é infortunios, me hablaban de su corazon. Y su madre, ¡ah! su madre no me hablaba, nó; lloraba en mi presencia á su hijo con todo el dolor de una madre. Y en el fondo de aquel rio de lágrimas, ví un instante brillar la imágen querida del llorado amigo, coronada con todas sus virtudes.

¿Por qué habrá sido tan breve su vida? El inquieto pensamiento del hombre aspira siempre á escudriñar misterios que guarda la eternidad en sus insondables abismos. El eterno misterio es la muerte. Muchas veces, al contemplar el sepulcro de un niño que, del seno maternal, donde apénas ha sentido el calor de la vida, cae en el frio seno de la tierra, he levantado los ojos al cielo involuntariamente, como para preguntar á Dios: "¿Por qué le creastes?" ¿Qué falta hacía en

el mundo esa fugaz vida, que no ha dejado ni la huella que deja el insecto en el polvo? ¿Acaso, caprichoso como el hombre, se gozaría el Eterno en dar el aliento de la vida á las criaturas, tan sólo para estrellarlas contra la fria losa del sepulcro! Nacer para llorar y morir: ¡verdadera irrision del destino! La flor que no ha roto su capullo, la mariposa que no ha sacudido su larva, el niño que no ha sentido la vida, ¿por qué morirán? Si no tenian destino que cumplir en el mundo, ¿por qué crearlos? O ¿es acaso que sobre los soles, sobre los planetas, sobre el hervidero de la vida universal, tiene abiertas sus negras fáuces la muerte, y es necesario crear séres destinados sólo á calmar su hambre, para que no devore todo el universo?

Y si verdaderamente es incomprensible la muerte del niño en cuya alma no se ha despertado el ideal de la vida, aún es más incomprensible la muerte del jóven que tiene conciencia de su sér, que ha entrevisto su destino, que ha sentido la luz de un ideal misterioso derramarse por toda su alma, que lleva una idea en su frente, una sonora lira en sus manos, y cuando apénas ha comenzado á expresar esa idea, á sonar esa lira, se apaga su sér, y pasa como una sombra el que parecía destinado á llenar y embellecer nuestra vida, á dejar el resplandor de su alma en las páginas de la historia. Ideas, amores, génio, esperanzas, carácter, palabra, todo ha sido puesto en él tan sólo para encerrarlo en un sepulcro. ¡Verdadera desesperacion!

Aunque golpeamos en las piedras del sepulcro, no responderá la voz de su génio; aunque removamos las cenizas de su cadáver, no se levantará la centella de su vida.

¡Ah! Olvidamos, cuando la muerte nos apena, que la muerte es tan sólo una apariencia. La voz de Dios nos dice que el hombre es inmortal, y que en el sepulcro no ha dejado mas que los despojos de su vida terrena, como el guerrero que se desciñe su armadura despues de un combate. La personalidad humana que se levanta en la cima de la creacion, como el punto luminoso donde se confunden la naturaleza y el espíritu, subsiste despúés de la muerte. La idea, la inspiracion, todo lo que es infinito, es inmortal. No ha dado Dios á nuestro espíritu esta sed inextinguible de lo eterno para burlarle siempre. No nos ha dado esta idea de la inmortalidad, para que no tenga realidad alguna. Si el espíritu, la gran unidad de nuestra vida, no fuera perenne, el universo sería una obra sin ningun sentido; la obra de un génio delirante, que habría llenado los espacios de sombras. En la misma naturaleza la sustancia subsiste, la forma varía y el espíritu ¿había de morir? Nó, nó. Los planetas no son sarcófagos que arrastran montones infinitos de muertos en su carrera; son globos luminosos, desde los cuales abren sus alas etéreas los espíritus, para volar á otras regiones más limpias y serenas. El poeta no muere, como no muere su creacion. El poeta no se extingue, como no se extingue su cántico. Es una

blasfemia el preguntar á Dios por qué se ha apagado tan pronto la vida del niño, la vida del jóven, cuando esa vida ha tomado más intensidad, más luz, subiendo como una llama vivísima á los cielos, y dejando sólo en tinieblas el empedernido materialismo de los que creen que toda vida termina en el sepulcro.

Sin duda alguna los hombres llegan á imaginarse, en su desvarío, que la mayor dicha es vivir. Por vivir nos afanamos en trabajos contínuos; por vivir consumimos nuestras fuerzas y gastamos nuestra inteligencia. Tràs la vida andamos desalados, porque creemos que en el fondo de la vida se encuentra la felicidad. Y ese jóven que ha roto las cuerdas de su lira, que ha plegado las alas de su imaginacion, que ha dado un adios eterno á sus amores, á sus amistades, á la fugaz vida terrena, ¿con cuántas ilusiones habrá muerto, que acaso no tuviera, á haber pasado más tiempo en este bajo mundo? Morir creyendo en la amistad en el amor, en la gloria, en un porvenir de dichas y de triunfos; morir creyendo que los aplausos del mundo valen algo; morir imaginando que los laureles florecen eternamente, sin dejar ni una gota de ponzoña en las sienes; morir en esos instantes en que la vision del primer amor sonrie en los cielos, y nos promete eterna dicha, y nos jura fidelidad eterna, y llena de encantos, con su aliento impregnado de aromas, todo nuestro sér; morir sobre esta almohada de flores, donde no ha crecido ni una espina, cuando tantos sueños revolotean alegres en torno de la frente que guarda

un poema de amores y de esperanzas; morir de esta suerte es vivir, es cuando ménos no haber gustado mas que la dulce miel de la vida. Cuente, cuente cada uno los dias amargos, las horas de insomnio, los desencantos, los desengaños, las espinas que se le han clavado en su camino, los pedazos del corazon que ha ido dejando por todas partes, la hiel que ha bebido á grandes tragos, y diga luego, en presencia de uno de esos sepulcros de los jóvenes, de los niños, sobre los cuales sólo se nos ocurre deshojar algunas flores, diga ¡con cuánta razon creian los antiguos que los malogrados eran los elegidos de los dioses! ¡con cuánta verdad vé levantarse la religion una vida de eterna bienandanza, del seno del pequeño ataud que guarda á un niño!

Historiemos, pues, la vida del poeta. Había nacido en las regiones meridionales de España. Con sólo leer tres o cuatro versos suyos, nos convencerémos de que no desmentía el lugar de su nacimiento. Así como el poeta del Norte tiene algo en su fantasía de las nieblas de su patria, el poeta del Mediodia tiene algo de la claridad de su cielo, de los cambiantes de su luz, y su imaginacion, como sus torrentes, ya aparece seca y arenosa, ya se despeña desordenada y bravía, arrastrándolo todo en su impetuosa carrera. El poeta del Norte es el poeta del alma; el poeta del Mediodia es el poeta de la naturaleza. El poeta del Norte tiene que replegarse en sí mismo, en su conciencia, para cantar, como el ruiseñor, que sólo entona sus gorjeos en la

oscuridad de la enramada; y el poeta del Mediodia, como la alondra, necesita la clara luz y el inmenso cielo para volar y cantar. Los poetas del Norte son los poetas del pensamiento, del dolor profundo, de la inspiracion vaga y tenebrosa, en tanto que los poetas del Mediodia son los poetas de la luz, de las armonías, del amor arrebatado, de las grandes personificaciones y de las extraordinarias hipérboles. Mas en nuestro tiempo, en que la idea de humanidad vá levantándose sobre la idea de raza, y en que el arte ha pasado de su período instintivo á su período reflexivo, el poeta del Norte pugna por el lirismo y la armonía; el poeta meridional por el pensamiento y el dolor profundo. Ahí teneis á Schiller y á Manzoni. El poeta que lloramos, venido á la vida del arte, con el pensamiento de su siglo, siendo, como hemos dicho, un poeta esencialmente meridional, aspiraba tambien á esa idealidad vaga, á esa soñolencia magnética del espíritu, que tantos encantos dá al arte en los paises del Norte. Su oda *El Génio* dirá siempre que consiguió realizar este ideal de su vida, y que hubiera caminado gloriosamente en pos de esta luminosa estrella de su espíritu.

Pero si la religion de su nacimiento se conoce en su génio, por esas misteriosísimas relaciones que hay entre la naturaleza y el espíritu, su ciudad natal se veía reflejada en su carácter, por esas relaciones ocultas que hay entre nuestra índole y la índole de la sociedad en que vivimos. Cartagena es una de las ciu-

dades más cultas de España. Hay allí algo más de admirar que su seguro puerto, sus magníficos arsenales, su coraza de formidables fuertes; y es el carácter hospitalario, dulce, bondadoso de sus habitantes. La amistad, ó no es allí, ó es entusiasta. La caridad es la virtud por excelencia de la poblacion entera. He recorrido algunas de nuestras provincias; he visto las hermosas campiñas en que la vida de la naturaleza se ostenta con todos sus matices: he contemplado los grandes monumentos en que nuestros padres, aquella raza de gigantes que sojuzgó la tierra, dejara indeleblemente impresa la huella de su carácter; y nada me ha movido á tan dulces ó tan consoladores pensamientos, como aquel Hospital de Caridad de Cartagena, obra de un pobre, de un soldado, mantenido hoy como un rico palacio alzado á la desgracia por una poblacion entera, que tiene en aquel hospital su más glorioso timbre. La cultura, la franqueza, la liberalidad, la virtud heróica de la caridad, son los rasgos distintivos de Cartagena, y eran tambien los rasgos distintivos del carácter de Monroy. Blando, cariñoso, tenia el culto de todas las grandes pasiones que ennoblecen la vida. Como hijo, hablaba siempre de su madre con la elocuencia del corazon, y le mostraba su amor imitando su virtudes. Como amigo, era un modelo de abnegacion, de entusiasmo. Como hombre, se hubiera sacrificado mil veces por el bien y por la libertad de los hombres. Como poeta, jamás consagró su lira al poderoso, jamás cantó á los tiranos

que llenan de brillantes crímenes, pero de crímenes al fin, las páginas de la historia. Su númen fué siempre la justicia. Las alas de su imaginacion no se abrian sobre los sepulcros para levantar de la huesa torbellinos de las cenizas de los muertos, sino que iban á rozar los párpados del desgraciado para enjugar sus lágrimas, y á sacudir una esperanza consoladora en el pecho de los oprimidos. Así, la poesía en él no era solamente un arte, era una moral; sus inspiraciones no eran solamente las ideas, eran tambien la accion. Exento de envidias, de bajas y ruines pasiones, dó quiera estuviese el mérito, allí estaba su aplauso; dó quiera la libertad y la justicia, allí su corazon y su conciencia: por eso todavía dura y durará mucho tiempo el dolor causado por su muerte, que solo á las grandes almas concede Dios el premio de verse, desde la eternidad, tan lloradas en el mundo.

Bien es verdad que á esta delicadeza del carácter de Monroy, habian contribuido poderosamente la educacion y los desvelos de su familia. Su madre lo ha tenido estrechado contra su corazon desde la cuna hasta el sepulcro. Su madre le enseñó el primer albor de la idea de Dios que amaneciera en su conciencia, y recogió la última oracion que, envuelta en el último suspiro, se exhalara de sus labios. Y el alma de una madre tierna, cariñosa, virtuosísima, se refleja en el alma de su hijo como el cielo en la mar. ¿Dónde hay una mirada en la tierra que se parezca á una mirada de amor de una madre? Dónde hay una música

semejante al cantar melancólico, plañidero, con que una madre arrulla nuestro sueño y mece nuestra cuna? ¿Qué elocuencia podrá compararse á su elocuencia, cuando nos habla del cielo, de Dios, de las infinitas esperanzas, de los eternos amores, de la inmortalidad del alma? ¿Qué desvelos podrán compararse á los suyos, que descubren y adivinan las tempestades del alma en los ojos de sus hijos, y les señalan los escollos, y les muestran el norte celeste que nos ha de preservar de morir arrastrados en el amargo oleaje de nuestras pasiones? ¡Oh! Siempre que Monroy alcanzaba una gran idea, siempre que hacía una buena obra, mil veces me lo ha dicho, veia aparecer á su lado su ángel custodio, la imágen de su madre.

Concluida esta primera educacion, la educacion del sentimiento, pasó á seguir sus estudios en el Instituto de Murcia. No podríamos continuar este escrito sin decir que el padre político de Monroy era tan solícito, tan amante de su hijo, que Monroy nunca se pudo reconocer huérfano. La naturaleza no hubiera podido dar á Monroy un padre más cariñoso. Así es, que viéndose rodeado de una familia tan amante y tierna, crecia la delicadeza, la ternura de su carácter. La virtud que trae el jóven consigo en su propia índole, crece cuando el amor la fecunda; el amor, que es como el rocío del cielo. En el Instituto comenzó á mostrar nuestro llorado amigo la vocacion interior de su génio, su númen de poeta. Sabido es que Dios nos dá inclinaciones en armonía con el fin último que nos

reserva en el plan de su providencia, en el tejido maravilloso de la historia. El hombre puede contrariar esas inclinaciones, desoir esas voces misteriosas de su destino; porque el hombre es libre, y dueño por consecuencia de ser causa principal en la direccion de su vida. Pero no se desoye nunca impunemente ese aviso de Dios que se llama inclinacion, no se desoye nunca, sino á costa de nuestra felicidad. Monroy no podía engañarse: era poeta. Y como poeta, si bien estudiaba todas las materias de enseñanza con igual brillo y aprovechamiento, las estudiaba para transformarlas en el horno de su encendida imaginacion. El problema de las relaciones del espíritu con la naturaleza, que es el tormento de la filosofía, se resuelve instintivamente por el arte.

El poeta vé en su conciencia el cielo, en sus ideas los astros, en sus grandes inspiraciones las flores, en su dolor la tempestad, en sus amores la armonía universal, en el mundo de la naturaleza el universo, y á su vez en ese mundo exterior, que parece condenado á la insensibilidad, su espíritu, que refleja en los séres que cruzan los espacios como ideas vivas; en las oraciones que levantan al Creador todas las cosas, desde el lago que duerme en el hondo valle y la flor que se esconde entre la menuda yerba, hasta la alondra que entona el cántico matutino y el águila que abre sus alas en lo infinito; porque la naturaleza y el espíritu en la poesía son como el astro y el éter, como el calor y la luz, como la rosa y su aroma, como el cuerpo

y el alma, una eterna, una misteriosa armonía. Así es que Monroy, en sus estudios de Psicología, de Física, de Historia natural, encontraba medios de abrillantar su imaginacion y perfeccionar el sentido artístico de que pródiga le dotara naturaleza. Con solo leer sus poesías, se echa de ver que ha comprendido que el destino del poeta es confundir, compenetrar la naturaleza y el espíritu, para elevarlos después á Dios; que el arte, como la ciencia, es un divino sacerdocio. Estas inclinaciones naturales de su carácter y de su génio debian hallar en Madrid mayor espacio. Nada hay más triste que la oscuridad en una córte, y nada más difícil que abrirse paso entre las gentes. Hay algo más desolado que el desierto y sus abrasadas arenas, y es el aspecto de estas populosísimas ciudades, donde vemos pasar millares de personas que no conocemos, que no se interesan por nuestra suerte, que cruzan un instante á nuestro lado, y que acaso no volvemos á ver jamás en toda nuestra vida. Y es más triste aún esto para el jóven que siente su conciencia habitada por el génio, y que quisiera mostrar á cada transeunte la llama en que se abrasa. La gloria podrá ser vana, los aplausos, un poco de ruido que se borra en las ondulaciones del viento; pero ¡ay del poeta que desdeña la gloria y no siente palpitar su pecho al ruido del aplauso! Nuestro amigo padeció poco ciertamente en esa soledad que tanto acongoja el ánimo de un verdadero poeta. Tenia amigos que le amaban, amigos que no sentian el aguijon de la en-

vidia en sus corazones, amigos que le querian más que él se queria á sí mismo. Estos amigos publicaron su oda *El Génio*, que no era en realidad mas que la primera explosion de un gran génio, el cráter de una grande inspiracion, que se abria para asombrarnos á todos. Yo recuerdo que no conocía á Monroy cuando leí aquella oda, y que le pregunté á él mismo quién era su autor, y desde aquel punto fuimos amigos, sin que hayamos podido darnos más pruebas de amistad que aquella que hemos confiado á la muerte que él cantó, en versos inmortales, la muerte de mi madre, y yo, en pobre y desaliñada prosa, no hago más que trazar aquí un prolongado sollozo por la muerte de mi amigo: ¡triste amistad, cuyos dos documentos son dos tumbas!

No me toca á mí hablar del mérito literario de las poesías de Monroy. El autor de *Los Amantes de Teruel* ha dicho sobre el valor de las poesías que publicamos, todo cuanto le dictó su luminoso criterio y su delicado gusto. Pero á Monroy no se le puede juzgar por lo que ha dejado, sino por lo que se ha llevado consigo. La muerte se ha tragado un poeta, y tal vez el poema del siglo XIX. En esas conversaciones íntimas, amistosas, en que confiamos á nuestros amigos todos los dolores que nos atenacean el alma, todas las esperanzas que nos sonrien dulcemente en el cielo de la vida, el malogrado me hablaba de las nobles aspiraciones de su génio. Y en verdad, no podian ser más grandes. Corre como vulgar preocupacion

que no es posible la poesía en este siglo, tan dado al culto de la naturaleza y al ejercicio de la industria. Sin embargo, á medida que el hombre domina más la creacion, y la vé más encadenada á su voluntad, se eleva á un mundo superior de poesía. La creacion es el poema de los pueblos primitivos, cuya fantasía, niña, no ha volado aún del nido de la naturaleza. Pero así que el hombre siente que hay algo que comienza donde el espacio y el tiempo concluyen, algo que es libre, que es eterno, que posee la idea de lo infinito, que lleva en sí la medida de todas las cosas, el espíritu, en una palabra, nace el gran arte. ¿Qué es Homero, sino el Sócrates de la poesía, que convierte los dioses, en cuya presencia temblaban los hombres, en reflejos del humano espíritu? Los grandes siglos naturalistas engendran siglos de poesía. El siglo XIV, el siglo de la pólvora, fué el siglo de Petrarca. El siglo XVI, el siglo del telescopio, es el siglo de Miguel Angel, de Shakespeare y de Cervantes. El siglo XIX, el siglo del vapor y de la electricidad, es el siglo de Rossini, de Byron, de Goethe, de Víctor Hugo. El espíritu que comprende la naturaleza, y ha deletreado sus geroglíficos, y ha descompuesto el agua y el aire en sus más sencillos elementos, y ha encadenado el rayo, y ha anotado con su matemática sublime las armonías de las esferas, la música de los orbes, el eterno *hosanna* de la creacion; el espíritu necesita lanzar sobre ese mundo de maravillas y de milagros otro mundo mejor, si el arte ha de cumplir su fin de her-

mosear y perfeccionar la naturaleza. Lo que nos mata lo que nos hace indignos del nombre de nuestros mayores, lo que nos debilita, lo que convierte á los poetas en hijos espúrios de aquellos titanes que se llaman Lope, Calderon, Cervantes, sin duda alguna es la imitacion servil de la naturaleza, la cópia descarnada de la sociedad, el grosero materialismo sustituyendo á la idealidad levantada y sublime, que ha sido siempre el númen de la poesía; el teatro reducido á máquina fotográfica; la lírica, pálido remedo de la forma clásica de los grandes maestros, pero sin ninguna de sus ideas, porque el siglo no lo consiente; el abandono de la poesía épica, el criminal olvido de los dolores trágicos, que han sido los únicos capaces de engendrar esa gloriosa dinastía de mártires que arranca en Promoteo y en Edipo, y concluye en Manfredo y en Fausto, pasando por Segismundo y por Hamlet: en fin, el realismo, que hace del poeta el vil cortesano de la sociedad, cuando debiera ser su ángel, es decir, su guía; y el espíritu reaccionario, que convierte la imaginacion del poeta en el ave nocturna de los sepulcros, de los panteones, de las tinieblas, cuando Dios le ha dado alas y cánticos y mirada penetrante y audaz, para que nos anuncie la alborada de los nuevos dias del espíritu. Si hay algun siglo verdaderamente épico, es el gran siglo XIX, en que el hombre se siente uno por su naturaleza con toda la creacion, uno por su espíritu con toda la humanidad; en que nos interesa desde la historia de los átomos que componen nuestro globo,

y por consiguiente, nuestro cuerpo, hasta la historia de las generaciones que han ido formando las ideas que iluminan nuestra conciencia; siglo de síntesis, siglo en que la humanidad ha llegado á tener la conciencia de toda su vida, siglo que está esperando aún el poeta dichoso que escriba su poema, y lo grabe con caractéres de fuego en su inmortal historia. Pero el poeta ha de ser hijo del siglo, ha de tener la conciencia de su idea, ha de trabajar por que se realice esa ley del derecho, en cuya virtud puede asegurarse que caerán todas las cadenas, y será segunda vez creado el hombre. Entónces entonarán los poetas el cántico de la libertad, serán la voz del siglo XIX y los profetas de los tiempos que á más andar vienen sobre nosotros, y merecerán el laurel de la inmortalidad. Estas eran las ideas que inspiraban á Monroy cuando escribia su oda *A Italia*, su cancion *El Proscripto;* cuando, esgrimiendo las armas de la crítica, hablaba en el Ateneo por la renovacion literaria, y en la sociedad libre-cambista por el triunfo del derecho, por la destruccion de todos esos límites, obra de la tiranía, levantados para no dejar espaciarse al océano de nuestro espíritu en lo infinito, que Dios le ha señalado como su dominio.

Pero no solo pensaba Monroy; ponía por obra sus pensamientos. En él la accion acompañaba siempre la idea. No era uno de esos caractéres que sueñan y pasan la vida soñando; era una de esas voluntades enérgicas, que obran y se gozan en ver la idea tomando forma en la realidad de la vida. Deseaba su gran-

de alma el triunfo del derecho, la libertad en su plenitud, con todas sus consecuencias, y unido á los que deseaban lo mismo, trabajaba con ellos. Creía en las reformas económicas, en la libertad del trabajo, del crédito, del comercio, y no se satisfacia con predicarlas; fundaba asociaciones numerosas y fuertes para llevar sus ideas á la mente del pueblo, y lograr su triunfo de nuestros remisos gobiernos. Veía alguna obra de utilidad pública, como el ferro-carril de Cartagena á Albacete, que debe ser la vida de su provincia, y trabajaba ansioso de que se abriera tan grande manantial de riqueza para su pátria. Sobrevenia una calamidad. El cólera diezmaba á Cartagena. La muerte acababa innumerables amigos suyos. El sepulcro abria sus negras fauces como para devorar una poblacion entera. En tan congojosos momentos no se daba punto de reposo: llegábase al lecho del enfermo, y le curaba como un médico; corria al lado del agonizante, y le consolaba como un sacerdote; tomaba entre sus manos el frio cadáver, y lo amortajaba como su enterrador; héroe de la caridad, poeta, no solo en sus ideas, sino en sus [illegible], que á un gran sentido estético unia un gran sentido moral, en quien el bien y el arte no se [illegible] nunca, siendo la poesía, no solo la idea de su mente, sino el amor de su corazon, y el número de todas sus acciones, y la esplendente luz de toda su vida.

Un alma tan grande ¡ay! debia consumir el cuerpo que la llevaba, como la luz demasiado viva quiebra

el cristal que la contiene. Ha muerto devorado por su pensamiento, calcinado por el fuego de su inspiracion. Su poesía, como el rayo, le iluminaba y le mataba tambien. Débil por naturaleza, no podia sufrir ni el hervor de sus ideas, ni esa lucha gigante de las primeras pasiones del jóven que consume la vida. Su cuerpo se doblaba hácia la tierra, agitado por su espíritu, como la débil caña tronchada por el viento Había un desequilibrio sensible, manifiesto, entre su naturaleza y su génio, que traia el desequilibrio entre su sangre y sus nervios. Pobre aquella, agitados y trémulos estos, como las cuerdas de una lira que ha sonado mucho, enfermo, agonizante, cantaba. No parecía sino que era como una de esas aves canoras, sin más fin que vivir y morir cantando. Destrozáronse su garganta y su pecho. Yo le ví en los últimos dias de su enfermedad. No tenia la ilusion ni la esperanza de vivir. que suele acompañar á la calentura de ciertas terribles enfermedades. Veía llegar la muerte, acercársele á abrazarlo, y la esperaba sereno. Sólo una lágrima se asomaba a sus ojos cuando traia á la memoria sus amores, sus amigos, su madre. No sentia la muerte por él; la sentia por todos los que amaba. Más que por su dolor, temblaba por el dolor de las prendas de su corazon. La inmortalidad de su alma, la perennidad de su ser eran creencias vivas en aquel religioso corazon de poeta. Cuando me despedí de él, "nos volverémos á ver," decía, y miraba al cielo. Poco á poco llegó la agonía. Cuando las hojas pali-

decen y caen, cuando las flores mueren, cuando las golondrinas se ván, cuando el ruiseñor calla, murió el poeta. Su vida fué como una mañana de primavera, su muerte como una tarde de otoño. La agonía tuvo la solemnidad, la religiosidad que requieren los últimos instantes de toda vida, esos últimos instantes, que son como el breve epílogo en que aparecen á los apagados ojos todas las ideas y todas las obras de que debemos responder ante Dios. Cumplidos sus deberes cristianos, quiso ver el cielo, como si anhelara medir el espacio que iba á surcar su alma.

Levantóse del lecho en brazos de su madre, se acercó á una ventana y miró á lo infinito. El cielo brillaba con claridad no usada, y las estrellas resplandecian como si quisieran llevar su luz hácia el alma del moribundo. Al ver tanta hermosura, tanta luz, sintió á Dios y se dispuso á morir en su esperanza. Pero buscaba algo en aquella noche, buscaba un recuerdo de la niñez, una lámpara que ardía en la calle ante la imágen de la vírgen. La encontró, y sus ojos casi apagados brillaron como si tuvieran la luz de los primeros años. La lámpara y las estrellas, el recuerdo de ayer, nacido de la trémula luz y la esperanza de mañana, iluminada por miradas de astros; la cuna con sus flores, con su poesía, y la eternidad con su infinita grandeza; la vida y la muerte, la inocencia y la juventud, la fé y la razon; todo cuanto había creido, y esperado y amado, brilló á su vista; y despues de haber saludado la vida que se iba y la muerte que venía,

se dejó caer sobre su cama, miró las personas queridas que le rodeaban, inclinó la cabeza sobre el pecho, y murió tranquilo y resignado, en la seguridad de que su sepulcro no había de ser mas que la cuna de su nueva eterna vida. ¿Deberémos decir todo el dolor que causó tan triste muerte? Pero ¿quién podría hablar de ese dolor, cuando todavía lo publican las lágrimas de una madre? Cartagena entera fué llorando á dar tierra á su cadáver. Ya ha pasado el tiempo que basta para matar muchos dolores, y muchos recuerdos; y todavía no se ha extinguido el sollozo contínuo y amarguísimo que llora su muerte. Sus restos duermen en paz en su sepulcro, donde no falta nunca una corona de siemprevivas. Yo no lo he visitado. Ningun signo material, ni una lápida, ni una inscripcion me recuerdan los séres queridos con toda su viveza como mis tristes memorias. Hubo un tiempo en que me olvidé de la muerte. Imaginaba que era imposible que la muerte hiriera en mi presencia tantos séres amados, sin herirme á mí mismo. Creía locamente que no podria sobrevivir á tan grandes dolores. He visto morir á mi madre, á muchos queridos amigos, desvanecerse ilusiones y esperanzas que eran la luz de la vida, y vivo todavía. Pero mi corazon es como una gran tumba, donde ha penetrado el pensamiento de la muerte. Con ejemplos como los del poeta cuya breve vida acabo de escribir, se fortificá el ánimo y aprende á estar apercibido para el instante supremo en que sea necesario pasar de esta vida. Miradlo. Jóven.

casi un niño, amado, lleno de gloria, de esperanzas, rodeado de amigos que le querian como á un hermano.... con su madre al lado, cuyo corazon debia ser como un escudo que le preservara de la muerte; seguido de los aplausos del mundo; teniendo la lira en las manos, la inspiracion en la mente, el amor en el corazon, el afan de pelear en su deseo, la felicidad en su porvenir; cuando la vida le llamaba con tantos encantos, cuando le sonreia el amor con tantas venturas, cuando no se habia clavado ni una siquiera de las agudas espinas de la tierra, y llevaba una corona de flores en sus sienes, agitadas por grandes pensamientos.... se despide de nosotros, muere..... sin duda porque Dios, que lo habia dotado con grandes perfecciones, ha querido que volara por otras más espléndidas regiones, creyendo indigno á este mundo de poseer su amor y su poesía.

Madrid.

A LA VICTORIA DE TETUAN. (*)

Hijos de aquellos cuya altiva frente
el sol de rayos coronó en Oriente,
y el mundo todo, ante su faz abierto,
recorrieron sus rápidos corceles,
barriendo con sus blancos alquiceles
las salvajes arenas del desierto.
Hijos de aquellos que la España un dia
en sangrientos girones desgarraron
y de alhambras y cármenes bordaron
el manto de la hermosa Andalucía;
¿dónde están los aromas de las flores
que exhalaron ayer vuestros jardines?
¿dónde vuestros mayores

(*) Encerrando este volúmen las semblanzas del héroe y de cantor de la guerra de Africa, quedaría incompleto si no llevase asimismo esa brillante epopeya que ha valido á Monroy uno de sus más preciados lauros. De ahí la presente reproduccion.

ocultaron la lanza vencedora
de aquellos esforzados paladines?
¿Dónde apagó su acento
la dulce trova que en la guzla mora
lanzaba la sultana enamorada
á las ondas del viento
que arrullaba las flores de Granada....?
Huyeron, ay! por siempre....
Há cuatro siglos que las turbias olas
de los vecinos mares
no quiebran sus espumas
al pié de los dorados almenares
que alzásteis en las playas españolas.
Há cuatro siglos que las blandas plumas
no acarician aquí de las esclavas
los desnudos encantos,
entre perlas y sedas y oro presos,
ni mezclan en sus giros
los lúbricos suspiros,
ni en el harem los perfumados besos.
Há cuatro siglos que en la opuesta orilla
vuestro orgullo recuerda su quebranto,
al mirar con espanto
la sombra que las torres de Castilla
dejan caer en la africana tierra,
y roto allí vuestro poder, reposa
como en lóbrega tumba, y una losa
de cuatro siglos vuestra tumba cierra.
Y al soplo de los récios vendabales,
profundos ayes del simoun violento,
se arrastra en los tendidos arenales,.
desgarrado y sangriento,
el rojo airon de la imperial bandera;
y al escuchar la voz de la venganza,
el águila altanera

que en las cimas del Atlas se cernía
cantando el lauro de la hueste impía,
sus corvas alas al desierto lanza,
y en grito ronco y fuerte,
cual cantó su poder, canta su muerte.
Y ya un sudario de vergüenza oculta,
cadáver yerto, á vuestra estirpe brava,
y hendiendo el aire la cristiana clava,
vuestra frente arrogante,
en el polvo sepulta;
álzase luego rápida, humeante,
y al viento cual despojos
lanza mezclados en turbion deshecho,
la sangre que destila vuestro pecho
y el llanto que derraman vuestros ojos.
¿Y gritais libertad? Callad, esclavos,
que al carro de los déspotas uncidos,
sus miserias llorais y sus pasiones
y llevais oprimidos
con cadenas de error los corazones.
Para siempre sucumba
vuestro poder, y en la extension desierta
abrid á los tiranos una tumba
con el polvo cubierta
de los pedazos rotos de sus tronos.
Y los aceros castellanos labren
la libertad de los que ciegos gimen,
que los brazos del déspota se oprimen
donde los brazos de la cruz se abren.
Victoria! sí, victoria! . . . . En sangre rojos
cubren montes y llanos
esparcidos trofeos
que arrojaron cobardes vuestras manos.
Victoria! sí, victoria! Ved dó quiera
vuestras hordas huir, bajad los puentes,

que el cielo en vuestro daño persevera,
y de ello son testigos elocuentes
Negron, Zemir, Guadeljelú y Anghera.
Las detrozadas tiendas
de la gente africana,
sangriento el sol alumbrará mañana.
La victoria es el lema
que el justo lleva en su pendon grabado;
es la sóla diadema
que laureles de paz ciñe el soldado;
es de la sangre la postrera gota
que derraman los héroes de la tierra;
es el beso de amor, que ronco brota
de los lábios ardientes de la guerra.
¿No os lo dijimos ya? ¿No percibísteis,
al soñaros soberbios y potentes,
el rudo acento de la voz sonora,
que nacida de un mundo de valientes
y cruzando los aires vengadora,
sonó en el otro mundo?
"A vuestra pátria irémos,
clamó el reto salvando los espacios;
si á la sombra del dolo nos vencísteis,
á la luz del honor os vencerémos;
y los régios palacios
que en nuestro suelo fabricásteis ántes,
con los blancos turbantes
de la morisca luna alfombrarémos."
Dijo, y el viento que en redor cruzaba,
el reto entre sus ondas escribia,
y el mar que entre nosotros agitaba,
el reto entre sus ondas esparcia.
¿No os lo dijimos ya? ¿Vuestra impotencia
no vió que con el dedo de la gloria
nuestra suerte trazó la Providencia

en las hojas del libro de la historia....?
—El águila gigante
que en las alturas remontada un dia,
por cielos y por mares esparcia
su precioso cambiante
de blanca luz y de colores rojos;
la que adornó á la Europa con sus galas
y derramó por la apartada zona
de América, las plumas de sus alas;
la que fijó en Italia su corona,
en Grecia sus despojos,
y allá en la inmóvil oriental ruina
el áureo rayo de sus negros ojos;
el águila latina
clava en Marruecos su terrible garra,
y venciendo las sombras del ultraje,
en girones al Africa desgarra
para ornar su fantástico plumaje.
Ella, cruzando el ámbito profundo,
bajó del cielo á dominar el mundo,
y ella, elevando el arrogante vuelo,
el mundo debe levantar al cielo.

Valor, soldados! vuestros hechos dicen
que España torna á sus hermosos dias.
¿Ansiais laureles? En el suelo crecen
del rico cármen que pisais ahora,
y entre rosas y mirtos embellecen
la ardiente sien de la sultana mora.
¿Quereis himnos y trovas y armonías
que el láuro que lográsteis eternicen?
El Africa unirá á vuestras canciones
el enorme concierto
del áspero rugir de sus leones.

¿Quereis palmas? En medio del desierto,
sobre la frente de simoun, cimbrean.
Cruzad con ellos los revueltos mares,
y benditos al pié de los altares,
ceñidas luego á vuestra frente sean.
Y vosotros, que en medio del delirio
del combate caísteis,
ceñidos con la palma del martirio,
nobles héroes, oid: la losa fria
que desde ayer sobre vosotros pesa,
para seguir la comenzada empresa
nos servirá de guia;
no morireis jamás, y vuestra suerte
vivirá de la pátria en la memoria:
la tumba de los hombres es la muerte,
la tumba de los héroes es la gloria!

José Monroy.